

—Pues ese documento nada habla de la sobrina de mi señor Don Santiago—dijo Don Alonso.

—No lo puede saber mi señor Don Alonso, porque es cerrado y aun no se abre, y nosotros queremos oír su lectura.

—Me parece difícil que la oigais—dijo Don Alonso, espantado ya de todo lo que sabia aquel hombre—porque el escribano se niega á entregarlo.

—Ya me lo sé eso; pero yo lo tengo todo arreglado, y mañana os suplico, que es á lo que venimos precisamente, que nos deis aquí audiencia para que delante de todos nosotros se abra y se lea ese testamento, para ver si se acordó Don Pedro de mi sobrina Esperanza, que era parienta suya, y muy cercana.

—¿Y si el escribano se niega á entregarlo?—dijo Catalina.

—Corre todo eso de mi cuenta—contestó Martin;—solo aguardo vuestro consentimiento, para retirarme y volver hasta mañana con el escribano y demás.

Rivera y la viuda se consultaron entre sí con una mirada.

—Bien—dijo Don Alonso—sea como decís: ¿y á qué hora?

—A las once de la mañana, si lo teneis á bien.

—Convenido.

—Entonces, soy como siempre el mas humilde de vuestros criados—dijo Martin levantándose.—Don Santiago de Carbajal para servir á tan buenas personas, y mi esposa y mi sobrina Doña Esperanza, tambien.

Las damas se levantaron, y haciendo una reverencia salieron de la sala.

Don Alonso y Catalina se quedaron por un largo rato en silencio y mirándose.

—¿Qué decís de todo esto?—dijo la dama.

—Me da mala espina—contestó Rivera.

—Afortunadamente el hombre con esa calma, me da idea de ser de muy cortos alcances.

—Por el contrario, á mí me parece un hipócrita.

—Quizá no tengais razon y sea menos el peligro.

—En todo caso, mas vale saber lo que contiene el testamento.

—¿Pensais que ese hombre lo consiga traer?

—Me figuro que sí, y por esto me alarmo mas.

—Veremos; por ahora no hay que apresurarse todavía.

—No, que en todo caso podrá Don Pedro haber dejado á esa Doña Esperanza, que era su parienta muy cercana, como dice el hombre de la calma, un legado mas ó menos cuantioso; pero vos y yo somos los herederos, y eso estoy tan seguro como ser de dia.

—Siempre me molestaria tener que dar algo á personas desconocidas, de un caudal que considero ya como mio.

—Y con razon, vuestro es; y esa era la voluntad de Don Pedro; que cuando recuerdo cómo me hablaba de vos, me tranquilizo completamente.

—No hay que apurarse: haremos el sacrificio de dar el legado que haya dejado Don Pedro á esa Doña Esperanza, y veremos por fin ese testamento que tan inquietos nos tiene; al fin mas vale salir de dudas.

El lacayo salió, y los dos hermanos se quedaron haciendo mil conjeturas.

—¿Quién podrá ser?—decía Don Leonel.

—Quién sabe; á nadie espero, y temo que sea espía del visitador.

—Podiera ser muy bien. Mas ya está aquí.

—La puerta se abrió muy suavemente, y Garatuza entró á la estancia, volviendo á cerrar tras de sí.

Para otras personas Garatuza podia y queria disfrazarse, para los hermanos Salazar fué muy fácil reconocerlo.

—¡Martin!—exclamaron los dos casi al mismo tiempo.

—Se engañan sus señorías, yo no soy Martin; Martin ha muerto, y Dios le tendrá en su guarda.

—¿Querrás hacernos creer—dijo Don Leonel—que tú no eres Martin el que conocimos?

—Que yo fuí Martin, á vosotros y solo á vosotros lo confieso, que por eso vengo á veros; pero de eso no se infiere que lo sea yo todavía: os lo repito, Martin murió, y extraño que no haya llegado eso á vuestras noticias, cuando todo el mundo lo sabe.

—Sí, en efecto—dijo el Padre Alfonso;—nosotros lo habíamos sabido, y lo que es mas, estábamos seguros de que tú no existias ya.

—Lo cual probará á su señoría que dispuse las cosas tan bien, que nadie puso en duda la desgracia.

—¿Pero con qué objeto?.....

—Ardides de guerra, y su señoría no deja de tener en eso parte.....

—Parte, ¿en qué?—dijo el Padre.

—¿En qué? en que por vuestra causa se hizo mas tenaz la persecucion de la justicia, con el negocio, ya sabeis, de la conjuracion:

XXI.

Cómo se abrió el testamento de Don Pedro, y lo que se siguió.

AQUELLA noche Don Alonso y Catalina no pudieron dormir con la inquietud de lo que iba á pasar al dia siguiente.

Martin creyó que no debia perder el tiempo y que era necesario buscar aliados, porque el enemigo se defenderia necesariamente con obstinacion; así es que apenas de regreso á su casa, dejó á Doña Esperanza y á María, y volvió luego á salir y se encaminó á la casa del Padre Salazar.

Era ya cerca de las oraciones, y aun hablaban Don Leonel y Don Alfonso acerca del encuentro del primero con Doña Esperanza. El jóven estaba tan impresionado, que cada vez que se encontraba á solas con su hermano, promovia conversacion sobre el mismo asunto.

—Un hombre que parece ser un caballero—dijo un lacayo—desea hablar con sus señorías.

—¿Con los dos?—preguntó el Padre Alfonso.

—Sí, señor.

—¿Qué clase de persona será?—dijo Don Leonel.

—No es fácil decirlo á su señoría; aunque parece ser de fuera—contestó el lacayo.

—Díle que pase.

—¿Y qué hicisteis?

—Pues está claro, me morí y mandé á mi viuda á ver al virey.

—Bien; pero enterraron un cadáver.

—Ese cadáver era uno que conseguí entre los amigos, y que me hizo favor de representar mi papel, perfectamente se entiende, porque nada se descubrió.

—Es decir, estais ya libre de la justicia.

—Saldamos cuentas, *Mors solvit omnia*; con la muerte no hay acreedores; traduccion libre.

—Perfectamente. ¿Y ahora?

—Ahora tengo aquí con sus señorías un asunto muy grave de familia.

—¿De familia?

—Sí; se trata de Doña Esperanza de Carbajal.

—¿Que vive!—dijo el Padre.

—Que vive, porque yo la salvé del incendio. ¿Recordais?

—Sí; ¿y Doña Juana?

—Murió.

—Dios la haya perdonado!

—Pues como decia yo, Doña Esperanza resulta ser hija.....

—¿De quién? ¿de quién?—preguntaron con ansiedad los dos hermanos.

—De Don Pedro de Mejía.

—¿De Mejía? ¿estás cierto, estás cierto?—preguntó pálido Don Leonel.

—Lo estoy, y no sé cómo no lo estais vos, que he leído eso en el libro que me confiásteis para entregar á Doña Juana.

Don Leonel por respeto á su hermano procuraba disimular; pero estaba completamente emocionado.

—¿Y qué hiciste de ese libro?—dijo.

—Afortunadamente—contestó Martin—cometí la mala accion de leerle y no entregarle como me lo encargásteis: y digo afortunadamente porque si le entrego y no le leo, arde en la «casa colorada» como un judío, y á esta hora quizá ni vos sabríais los secretos de mi familia que contiene.

—¿De tu familia?—dijo el Padre.

—Sí, de mi familia; porque soy ahora Don Santiago de Carbajal, tío y tutor de Doña Esperanza.

—¿De veras?—preguntó Don Leonel.

—Ardid, señor, ardid, en el que habeis de entrar vosotros tambien.

—Adelante—dijo el Padre Alfonso.

—Trátase—continuó Martin—de que vuestras señorías me ayuden en la empresa de recoger para Doña Esperanza la herencia de su padre.

—¿Y cómo pruebas que era su padre?

—Eso está ya probado, porque yo he obligado á Don Pedro á reconocerla solemnemente en su testamento y constituirla su única heredera.

—¿Y existe ese testamento?

—Vaya si existe! y mañana se le da pública lectura á presencia de la viuda de Don Pedro y de Don Alonso de Rivera, que están apoderados de la casa y de los bienes del difunto.

—Entonces si todo eso hay, ¿para qué necesitas mas? La ley ampara y favorece á Esperanza, y basta con eso.

—Bastaria—replicó Garatuza—si no se tuviera que luchar con adversarios como Don Alonso y la viuda; pero ellos no se pararán en medios para perder á Doña Esperanza, y para hacerla desaparecer si es necesario; yo soy solo, y además no tengo valimiento; mirad si será ó no necesario que busque auxilio.

—Dices bien, y cuenta en todo con nosotros—dijo el Padre.

—¿Dónde está mi prima?—preguntó Leonel.

—Vivimos ahora en la calle que va al monasterio de San Francisco.

—Iré á verla.

—Id, que ella y yo os lo agradeceremos.

—Y yo tambien iré—agregó el Padre.

—Mejor que mejor; por ahora soy yo el que se va y os espera por allá si quereis cumplir vuestra palabra, y si no, vendré á buscaros en caso necesario.

Martin se embozó bizarramente en su capa, tomó su sombrero y salió, dejando á Don Leonel con el corazon henchido de gozo.

—Hermano—dijo el Padre cuando Martin salió—tenia yo razon en decirte que Esperanza no podia ser hermana nuestra.

—Sí, Alfonso—contestó Don Leonel—como yo tambien la tuve al asegurarte que habia visto á Martin.

—¿Y crees que será prudente contar esto á nuestro padre?

—¿Qué?

—Que Esperanza no es su hija.

—Creo que todavía no debemos decirle nada.

—¿Por qué?

—Porque volveria á affligirse pensando en su verdadera hija perdida.

—Tienes razon: esperaremos.

.....

Al dia siguiente habia una solemne reunion en la casa

del difunto Don Pedro de Mejía; Don Alonso, Catalina, Doña Esperanza, Martin, un escribano y los testigos: se iba á leer el testamento de Don Pedro.

El escribano sacó un pliego cerrado y sellado que presentó á Don Alonso de Rivera y á los demas testigos, que reconocieron sus firmas puestas en la cubierta. Se dió testimonio de que los sellos no habian sido abiertos ni forzados, y el escribano procedió entonces á romper la cubierta.

Reinaba un silencio tan profundo, que podia haberse escuchado el vuelo de un insecto. Al ruido que hizo la cubierta al romperse, palidieron ligeramente la viuda y Don Alonso.

El escribano desdobló el papel en que estaba escrita la última disposicion de Mejía, se caló sus gafas, y con voz gangosa comenzó á leer: «En el nombre de Dios Todopoderoso, etc., etc.»

La atencion general se redobló. Nadie se atrevia ni á moverse.

«Declaro que tengo una hija única—decia el testamento—llamada Doña Esperanza de Carbajal, á quien reconozco de la manera mas solemne y en la forma y via que mas valga y valedera sea, como hija mia única.»

Todas las miradas se volvieron á Doña Esperanza, que se puso encendida.

—«Item—siguió leyendo el escribano.—Instituyo por mi única y universal heredera de todos mis bienes á mi supradicha hija Doña Esperanza de Carbajal, la cual es mi voluntad firme y última que entre en posesion de mis dichos bienes, inmediatamente despues de mi muerte, sin que nadie sea osado ni tenga derecho de impedirse-lo.....»

Un rayo caído á los piés de Don Alonso y de la viuda, no los hubiera aterrado tanto. Pálidos y espantados se miraron entre sí, sin proferir una palabra.

—«Item—siguió el escribano.—Es mi voluntad que si mi dicha hija Esperanza muriese sin tener sucesion, entre al goce de mi dicha herencia mi esposa Doña Catalina de Armijo.»

La sangre volvió repentinamente al rostro de Catalina, y miró á Don Alonso, que habia recobrado tambien su alegría al oír esta cláusula; sus miradas se cruzaron como las hojas de dos espadas, y entonces fué Martin el que se puso pálido. Aquello era la señal de una lucha á muerte entre Esperanza y Catalina.

El escribano acabó de leer el testamento, en el que se mencionaban dos ricos legados: uno para la viuda y otro para Don Alonso.

—Señora—dijo Catalina luego que terminó el acto, dirigiéndose á Esperanza, y con un acento de ira, mal reprimido—todo esto es vuestro, estais en vuestra casa, no quiero ni por un momento turbaros en la posesion de esta herencia, y saldré de aquí; solo que espero me permitireis dos ó tres horas para disponer mis cosas y saber adónde debo de trasladarme.

—Todo eso, señora, es inútil—contestó Esperanza con dulzura;—no hay necesidad de que os retireis, que no exijo tanto, ni me urge entrar en posesion de una herencia que bien sabeis que no he pretendido: además, sois, señora, la viuda de mi padre, y espero que me vereis en lo de adelante como de vuestra familia.

—Gracias, señora—contestó Doña Catalina, pudiendo apenas contenerse—pero me es imposible aceptar vuestros favores, porque.....

Una mirada de Don Alonso la contuvo.

—Porque mi posicion, como veis, es muy delicada, y ¿qué diria el mundo si yo continuara siéndoos gravosa?

—El mundo no diria sino que vos y yo formábamos una sola familia: en cuanto á que me seais gravosa, no lo sereis para mí aunque dispongais de todo el caudal.

Don Alonso y la viuda se miraron de una manera extraña, como interrogándose qué queria decir aquella generosidad de Esperanza, que ellos no eran capaces de imitar.

Aquella mirada no se escapó á la penetracion de Garatuza.

—Gracias, señora—dijo Catalina;—lo pensaré.

—Bien, señora—contestó Doña Esperanza—pensadlo, yo os dejo en libertad en vuestra casa, y me retiro.

—¿Cuándo os veré, señora?

—Probablemente no volveré muy pronto, porque el negocio no me urge á mí: y con vuestro permiso, me retiro.

Doña Esperanza se levantó y abrazó á Catalina, que la estrechó convulsivamente contra su pecho.

Martin dió las señas de su casa á Don Alonso, y salió tras de Esperanza, montaron en su carroza y se dirigieron á la calle de San Francisco.

—¿Qué opinais?—dijo Catalina al encontrarse sola con Don Alonso.

—Que aun no se ha perdido todo.

—Lo mismo creo.

—Las cláusulas del testamento las tengo escritas con fuego en el cerebro.

—La heredera puede morir.

—Y quizá muy pronto.

—Despues de todo, esta no es mas que una nueva dificultad que puede salvarse.

—Y fácilmente; por eso os hacia la seña para que no fuéis á romper con ella.

—Os comprendí, y teneis razon.

—Así es mejor.

—¿Y qué creéis que debemos hacer ahora?

—Pensaremos; es un plan que necesita meditarse.

—Pues meditaremos.

XXII.

Donde se prueba que la causa mas mala tiene siempre modo de ser defendida.

Doña Esperanza regresó á su casa, y Martin lleno de satisfaccion fué en la misma tarde á dar parte de lo ocurrido á Don Leonel y al Padre Salazar.

Doña Esperanza habia quedado sola con la muda, y cerca de las oraciones de la noche se presentó un caballero seguido de otras dos personas, haciéndose anunciar como un escribano que tenia que hacer una importante notificacion á Esperanza.

La jóven se excusaba con la ausencia de Martin; pero el hombre insistió, y Esperanza, acompañada de la muda, salió hasta el corredor: comenzaba ya á oscurecer.

—Señora—dijo el escribano acercándose respetuosamente—soy escribano y vengo con dos testigos á haceros una notificacion importante.

—Decid—contestó Esperanza—aunque nada contestaré mientras no esté aquí mi tutor.

—Nada teneis que contestar; no mas que no conviene que otra persona se entere del negocio, y aquí está la señora—dijo señalando á la muda.

—Es de la familia—contestó Esperanza.

—No importa; es una notificación secreta.

—Esta señora es sordo-muda.

—¿De veras?

—Jamás miento.

—En ese caso, tened la bondad de oírnos.

El escribano se acercó á Esperanza sacando un papel, y los testigos se agruparon: la jóven, que nunca habia visto hacer una notificación, nada extrañó de esto.

La muda permanecia indiferente á corta distancia; en el semblante de Esperanza nada descubria que pudiera alarmlarla.

El escribano miró á la jóven, luego á los testigos, y exclamó repentinamente:

—Ahora.

Los testigos estaban tan cerca de Esperanza, que la jóven no tuvo tiempo ni para moverse, y en un momento la envolvieron en una capa, le pusieron una mordaza y la arrebataron dirigiéndose á la escalera.

La muda se lanzó en su defensa; pero el fingido escribano se interpuso entre ella y los raptores con una daga en la mano.

María, que no podia gritar, se contuvo un momento; pero despues dando una especie de ronquido gutural, se arrojó ciega sobre su adversario.

El hombre hizo al principio ademan de herirla; pero cambiando despues de opinion, empujó á la muda violentamente y con todas sus fuerzas; la infeliz cayó de espaldas, su cábeza rebotó contra el pavimento, y luego quedó inmóbil.

El falso escribano esperó por un rato observándola; pero viendo que continuaba sin moverse, guardó la daga y alcanzó á los que conducian á Doña Esperanza, que iban ya en el patio.



EL RAPTO.

Los criados los vieron salir, pero nadie les dijo una palabra, y los hombres metieron á la jóven en una carroza que esperaba á la puerta; se colocaron ellos, y la carroza partió sin que ninguno pensase siquiera ver el rumbo que habia tomado.

Media hora despues llegaba Martin y tocaba alegremente la puerta de su casa. Los criados nada habian notado aún de lo ocurrido arriba, solo advertian que los corredores permanecian oscuros y que no habia movimiento.

Garatuza entró preguntando por qué no habia luz en el corredor.

—Seguramente así lo habrá dispuesto la señora—contestó el portero.

—Es extraño—pensó Martin, y subió casi á tientas.

Al llegar al corredor y dirigirse á una de las habitaciones, tropezó con algo.

—¿Qué es esto?—dijo bajándose á examinar.—¡Calle, esta es una mujer dormida!..... No, está inmóvil, estará privada. ¡Quizá muerta! ¿Pero quién es? Cómo! ¿no habrán visto nada Doña Esperanza y María? Voy por una luz.

Y Martin se entró por las habitaciones, que estaban oscuras y solas, gritándole á María y á Doña Esperanza, pero nadie le contestó; hasta que al fin en el fondo de la casa, en un aposento, encontró á su hijita rodeada de todos los criados y entretenidos hasta olvidar sus obligaciones, en escuchar un cuento de muertos y aparecidos que referia una vieja.

Al ver á Martin todos se levantaron, y la niña corrió á encontrarlo.

—¿Adónde están las señoras? ¿Por qué está la casa sola, oscura?—preguntó Martin.

Los criados no supieron qué contestarle.

—Una luz—continuó Martin—una luz, que en el corredor hay una muerta.

—¡Jesus nos ampare!—exclamaron los criados, con la impresion viva de los cuentos que habian oido á la vieja.

—Una luz pronto!—dijo impaciente Garatuza.....

Una de las mujeres temblando le alargó el candil que habia sobre la mesa.

Martin presintiendo ya alguna desgracia, salió precipitadamente; las mujeres le siguieron de lejos.

Llegó al corredor, acercó la luz al rostro de María y la reconoció.

—Maldicion! es María!

—La señora!—repitieron las criadas acercándose y procurando impedir que la niña viera aquel espectáculo.

—¿Pero qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí?—decia Garatuza arrodillado en el suelo levantando la cabeza de la muda.—Está privada, está privada no mas; pronto, acercaos, vamos á conducirla á la cama. ¿Dónde está Doña Esperanza?

—Nada sabemos—dijo una criada.

—Oh! es preciso averiguar: en esto anda la mano de Don Alonso; pero ya me la pagarán, ya me la pagarán. Vamos! alzáad con cuidado.

Habian levantado ya á la muda y la conducian cuidadosamente para su cámara, cuando hizo un movimiento y abrió los ojos. Garatuza, que iba á su lado con el candil, la observó.

—Ya vuelve en sí—dijo;—vamos con cuidado.

María vió á Martin y se sonrió con dulzura; él le tomó una mano.

—La colocaron en su lecho, y Martin la hizo tomar una poca de agua.

Entonces María se incorporó, y por medio de señas indicó á Martin cuanto habia pasado, hasta el momento en que el golpe la habia dejado sin sentido.

—¡Lo decia yo! lo decia yo!—exclamaba Martin examinando la herida que el golpe habia hecho en la cabeza de María:—aquí andan Don Alonso y Doña Catalina; afortunadamente que esto no es nada; el golpe privó á mi pobre María del sentido, pero no es cosa de riesgo: una poca de agua fria. Pero esta Doña Esperanza ¿dónde estará? ¿cómo encontrarla? Preciso será que me ayuden Don Leonel y el Padre Salazar..... Voy á verlos; en esto no debe perderse un instante; son capaces de matarla para hacerla desaparecer.

Acostó otra vez á María, y luego llamando á las criadas, les dijo:

—Lavad esa herida de la señora con agua fria, cuidando de no lastimarla; yo volveré dentro de un instante.

Se acercó despues á la cama é hizo seña á María de que iba en busca de Doña Esperanza; la muda le hizo un signo de aprobacion y Martin salió precipitadamente.

.....
.....
—Supongo que no os quejareis de vuestra suerte—decia en la misma noche Don Alonso á Doña Catalina:—apenas meditamos un plan, ya nos ha salido á pedir de boca.

—Sí, en efecto.

—La heredera de Don Pedro de Mejía ha desaparecido, y vos sereis la dueña del caudal, conforme lo dispone el testamento.

—¿Y no temeis que las sospechas recaigan sobre nosotros?

—Sí que lo temo, y por eso me he preparado ya.

—Cómo!

—Haciendo denuncia del Don Santiago de Carbajal, que

sé ha presentado con una Doña Esperanza que no existe, porque se le pide al juez que la haga comparecer, y aunque él asegura que ha desaparecido, esta no es sino la prueba de que era una burla, una impostura, que la dicha Esperanza no existe, y él se verá obligado á defenderse, y no tendrá lugar de atacar.

—¿Pero no temeis el juicio?

—Le temiera sin la desaparicion de Esperanza, porque entonces ella tendria el dinero y nosotros seriamos los pobres, cuando hoy es todo lo contrario y la ventaja está de nuestro lado.

—Teneis razon.

—Pero ahora es preciso meditar qué hacemos con esa muchacha.

—¿En donde está?

—En una casita cerca de la orilla de la laguna: es una casa aislada, triste y á la que nadie va; de manera que estamos enteramente seguros; pero no sé qué hacer de ella.

—Creo que lo mejor será entregársela á mi madre.

—Me parece bien.

—Y que ella determine.

—Pero es capaz de matarla.

—Mejor para nosotros: ella sabrá lo que hace; tiene ella mas prudencia y mas arbitrios que nosotros dos juntos.

—Llámala.

—Voy á verla.

Doña Catalina se entró, y Don Alonso se quedó meditando.

Poco despues salió la jóven Catalina acompañada de la madre.

—¿Qué se ofrece?—dijo la vieja.

—Queremos consultaros y que nos ayudeis en un negocio.

—Es raro—dijo la vieja—porque hace mucho que no contais conmigo para nada.

—Por no molestaros—contestó Don Alonso.

—Conmigo nada de hipocresías; decid mas bien que no me necesitábais. Adelante.

—Madre mia—dijo Catalina—dejad esos sentimientos y ayudadnos, que estamos en una dificultad.

—Bien; hablad, que os escucho.

—Sabeis, señora, todo lo que ha ocurrido con el testamento de Don Pedro de Mejía.....

—Sí; sé que por vuestra demasiada confianza os burlaron esa herencia por la que tanto habíais trabajado.

—No os lo puedo negar—continuó Don Alonso;—pero al fin, Catalina fué nombrada heredera para el caso de faltar Doña Esperanza.

—Lo que seguramente no sucederá—dijo la vieja.

—Lo que sucedió ya—contestó Don Alonso.

—¿Cómo!

—Nosotros hemos hecho robar esta noche á esa muchacha, y está en un lugar seguro.

—¿Bendito sea Dios que pensásteis algo en orden! ¿Y qué va á ser de esa dama?

—Eso queriamos consultaros.

—¿Hareis lo que os diga?

—Sí, y aun mas; lo dejamos á vuestro cargo.

—Pues dejadlo, y es mejor; vosotros no sois capaces de hacer dos cosas buenas, y ya habeis hecho una: ¿adónde está esa muchacha?

—En una casita aislada, al Oriente de la ciudad.

—¿La guarda gente segura?

—Dé toda confianza.

La vieja se puso á meditar; Don Alonso y Catalina se miraron.

—En primer lugar, ¿sabeis adónde y con quién vivia?

—Sí.

—Pues mañana temprano, cuidad de ir á buscarla á esa misma casa, y procurad mostrar asombro y dolor por su desaparicion.

—No lo creerán.

—¿Quiénes?

—Los de su casa.

—Niño sois, Don Alonso; que no lo creerán en su casa es natural; pero entre el vulgo sí, y esto es lo que mas os importa: ¿no sabeis lo que es tener uno al vulgo de su parte en una causa? vale esto mas que la sentencia de un juez.

—Iremos—dijo Catalina.

—Y luego vendreis, y yo os esperaré, y sabreis lo demas.

—¿Pero y la muchacha entretanto.....

—Dejad eso á mi cuidado, que no soy tan bisoña como vosotros: ¿creeis que no habrá cuidado en esta noche?

—Lo creo.

—Pues entonces dormid tranquilos, y mañana vereis.

—Fiamos en vuestra inteligencia—dijo Don Alonso.

—Ojalá y eso hubiérais hecho desde el principio, que no andaríais ahora en estos trabajos.

La vieja se levantó, y sin hablar mas se metió á su aposento, dejando á Don Alonso y á Catalina hacer comentarios sobre el plan que se habia propuesto.

.....
.....
Martin llegó espantado á la casa de Don Leonel.

Garatuza resentia el golpe doble, porque en el fondo tenia un gran cariño por Doña Esperanza, cuyo carácter y cu-

yas desgracias le interesaban; y además, él, que se tenia por hombre astuto, habia sido burlado por enemigos que no le conocian, cuando él los conocia perfectamente.

Don Leonel estaba solo, el Padre Alfonso habia salido, y Martin pudo hablar al amante de Doña Esperanza sin testigos.

—¿Qué se ofrece, Martin?—preguntó Don Leonel viendo que volvía tan presto y cuando menos esperaba.

—Don Leonel, os traigo una noticia fatal.

—¿Qué ha sucedido pues?

—Que se han robado á Doña Esperanza.

—¿Se la han robado? ¿pero quién? ¿cómo? Habla.

—No sé nada, nada: mientras estaba aquí con vosotros, tres hombres han entrado á la casa, le han dado un golpe á mi pobre María, y se han robado á la jóven.

—Pero esto es increíble.

—Y sin embargo, así ha pasado.

—Tú no sospechas.....

—Mas que sospechar, tengo seguridad de quién es el autor de este crimen.

—¿Y quién?.....

—La viuda de Don Pedro de Mejía y su amigo Don Alonso de Rivera.

—¿Serian capaces?

—No lo dudeis, ellos son, porque ellos solos tenian interes en que desapareciera Doña Esperanza para entrar en el goce de la herencia.

—Pero eso mismo me hace creer que no sean ellos, porque comprenderán que de ellos debia sospecharse luego.

—Pues si no ellos, ¿quién?

—Es preciso averiguar, y ante todo, por si ellos son, no proceder con ligereza. Serian capaces de matarla, y care-